

EL PRIMER MEXICANO EN FILIPINAS

Carlos QUIRINO
Director de la Biblioteca Nacional
de Manila

CUANDO SE LES DIJO A LOS FILIPINOS, durante la visita que hiciera a Manila el Presidente Adolfo López Mateos hace dos años, que las Islas Filipinas fueron en realidad una colonia de México más bien que de España, quedaron sorprendidos y no pudieron creerlo hasta en tanto se les informó que durante los primeros doscientos cincuenta de los trescientos veinte años que duró la dominación española, las Islas fueron gobernadas desde México y que se establecieron en ellas más mexicanos que españoles peninsulares. La proclamación del "Año de la Amistad Filipino-Mexicana", hecha por los Presidentes de los dos países es, por lo tanto, una renovación de esos lazos de parentesco y amistad que han existido entre México y Filipinas, porque durante este año estamos redescubriendo todos aquellos aspectos de semejanza, de relaciones comerciales y afinidades raciales que nos unieran durante dos siglos y medio.

La herencia mexicana en las Filipinas se ha obscurecido debido a dos factores: las siete décadas finales del régimen español, cuando los filipinos fueron puestos directamente bajo la administración y el control oficial del Gobierno de Madrid; y por el medio siglo de ocupación norteamericana.

En este ensayo quiero tocar el punto del primer mexicano que actuara en las Filipinas, Juan de Salcedo, el primer mexicano verdadero que fue responsable de la pacificación humana e incruenta de las Filipinas. Ciertamente es que su abuelo, Miguel López de Legazpi fue el primer Gobernador General de las Filipinas y fue honrado por el rey Felipe II de España con el título de Adelantado de las Islas en el Lejano Oriente, descubiertas por Magallanes en 1521. Pero también

es cierto que Miguel López de Legazpi había pasado la mitad de su vida en México, donde había desempeñado una serie de muy importantes cargos en la administración de la Nueva España. Pero hablando estrictamente, era un español por nacimiento y por cultura. Había nacido en Zumárraga, en la Bahía de Viscaya, en la primera década del siglo xvi. Los historiadores han señalado el hecho incontestable que su conquista de las Filipinas fue relativamente suave y humana, si se compara con las de Hernán Cortés o de Francisco Pizarro, porque prefirió tratar con humanidad a los naturales de las islas y usar más el tacto y la diplomacia que el guante de malla. Indudablemente los veinticinco años que pasara en México habían moderado la crueldad desplegada por los primeros conquistadores de los indios de la Nueva España. Legazpi fue el funcionario a quien correspondía cumplir las instrucciones dadas por el Rey de España y el Consejo de Indias, pero quien como individuo resultó responsable de la ejecución de dichas instrucciones, y por lo tanto de la manera como estas se habrían de llevar a cabo, fue su nieto, el hombre nacido y educado en México, el Capitán Juan de Salcedo.

No hay ninguna noticia, por lo menos en Filipinas, acerca de la fecha exacta del nacimiento de Juan de Salcedo y sus primeros años en la Ciudad de México. Lo único que sabemos es que su madre era Teresa López de Legazpi, una de las hijas del Adelantado, quien había casado con un tal Pedro de Salcedo, quien posiblemente fuera también criollo de la Ciudad de México. Juan nació en 1549 y podemos decir que ese fue el año de su nacimiento, porque en los archivos filipinos se asienta que murió en 1576, a la edad de veintisiete años. Llegó a Cebu, el sitio donde primero se había establecido Legazpi y donde Magallanes había muerto, el dos de agosto de 1567, aproximadamente a los dos años de la llegada y establecimiento de su abuelo en esa villa. Vino acompañado por su hermano mayor, Felipe, quien le llevaba uno o dos años y que había pasado en la expedición de Legazpi su abuelo, cuando zarpó del Puerto de la Navidad, en las costas occidentales de México, en noviembre de 1564. Felipe que era entonces un joven 16 ó 17 años, fue enviado

de regreso a México por su abuelo, con Fray Andrés de Urdaneta, en el peligroso viaje de regreso a través del Pacífico. Probablemente la nueva colonia oriental no fue del agrado de Felipe, porque se volvió a México después de su segundo viaje a las Islas, donde la historia lo pierde de vista. En su lugar, su hermano menor asumió el mando de una compañía de soldados que habían sido reclutados y entrenados en México.

Dos años después de llegar a Cebú y después de asumir el mando del tercio de su hermano, se le dio a Juan de Salcedo la importante misión de explorar la isla cercana de Panay, junto con el veterano maestro de campo, Martín de Goiti, con el objeto de encontrar un sitio más adecuado para poblar. Cebú es una isla larga y angosta, con una cadena de montañas en el centro, pero no bastante extensa para sostener una gran población; por lo tanto era indispensable para Legazpi y sus hombres el encontrar un área con un mayor potencial agrícola. Unos meses más tarde, al oír hablar de ciertos piratas en una isla al norte, que habían llamado Mindoro, Legazpi envió una expedición encabezada también por Goiti y Salcedo, para perseguir a los depredadores. Así, el 8 de mayo, Martín de Goiti salió de Panay con cincuenta arcabuceros y veinte soldados, en un junco de cinco toneladas, una fragata y quince prahos, tripulados por cebuanos y otros aliados Visayos. Unos días más tarde supieron de dos juncos chinos que estaban anclados en una bahía llamada Mamburao, en la costa noroeste de Mindoro. Salcedo, con los prahos, salió en busca de los dos extraños navíos con el objeto de "requerirlos de paz y amistad". Los extranjeros resultaron ser chinos quienes, sin entender las buenas intenciones de Salcedo, le presentaron combate y fueron derrotados. Al parecer Salcedo no iba en la vanguardia que libró el combate, porque cuando llegó, dicen las crónicas "no quedó conforme con el destrozo causado entre los chinos". Cuando Goiti llegó un poco más tarde, de acuerdo con las mismas crónicas, mostró aún más desagrado y les devolvió a los chinos tanto sus bienes como su libertad.

Oyendo de la existencia de Manila, una ciudad más im-

portante en una zona más hacia el norte de Luzon, los hispanomexicanos, pusieron proa hacia la provincia de Batangas, en la boca del río Pansipit que nace en el Lago Taal. Salcedo fue enviado con los prahos tierra adentro y regresó a los pocos días con una herida en la pierna, causada por una flecha envenenada. Había penetrado hasta el lago, hallando gran número de habitantes y mucha tierra cultivada, pero más tarde cayó en una emboscada que le tendieron algunas naturales hostiles. Hicieron amistad con los habitantes de la ciudad cercana de Balayan y zarparon hacia la bahía de Manila.

Un rajá desconfiado, Suliman, un musulmán joven con antecedentes en Borneo, los recibió. Por otro lado su tío, el rajá Matanda (El Viejo) estaba predispuesto a la amistad. Lakandula, señor de la comunidad vecina de Tondo, les notificó que se opondría al desembarco de los españoles. La crisis se hizo aguada y un incidente cualquiera, el 6 de junio de 1570, se convirtió en una batalla general. Rápidamente los españoles capturaron la empalizada que era Manila, en la boca del río Pasig y le pusieron fuego a la fortaleza de madera. Hecho esto, se retiraron a las costas de Batangas y a la isla de Panay donde llegaron a fines de junio de 1570.

En esta primera empresa de Manila, Salcedo probablemente no se encontró ya que no se había restablecido de la herida en la pierna y así no tuvo parte en la cruel destrucción del establecimiento malayo en Manila.

Miguel López de Legazpi, después de oír los informes de Goiti, resolvió trasladar la capital del archipiélago de Cebú y Panay a Manila, en parte porque estaba más cerca de China, con quien ya había un comercio floreciente desde hacía varios siglos y en parte porque el área agrícola de Luzón era mayor y podía proporcionarle los alimentos necesarios. Los rajás de Manila estaban en ánimo más conciliador cuando Legazpi llegó el 16 de mayo de 1571, casi un año más tarde. La lección que les había dado Martín de Goiti no se había perdido en el ánimo de los naturales y los recién llegados escogieron el viejo fuerte malayo para fundar allí la nueva capital de las Filipinas. Una semana más tarde ya Legazpi

estaba haciendo *repartimientos*, esto es, distribuyendo tierras entre los compatriotas que lo habían servido fielmente. No es de extrañar por lo tanto que el Rajá Lakandula de Tondo, al darse cuenta de que los recién llegados no venían tan solo como amigos, sino como conquistadores, se rebeló contra su autoridad y, unas semanas más tarde, fue derrotado en un encuentro naval. Con su posesión ya segura, Legazpi le dio el título de ciudad a Manila el 3 de junio de 1571.

La razón por la cual los nativos no pudieron resistir la conquista española no fue la falta de valor o ardor militar, sino tan solo inferioridad en las armas. Ciertamente es que tenían *lantakas* o culebrinas que eran en verdad trabucos grandes, pero tenían escaso número de ellas; no tenían arcabuces con los cuales diezmar a los atacantes y desmoralizar sus filas; o cotas de malla o cascos de acero para protegerse en contra de las estocadas o de los botes de lanza. Peor aún, esos rajás o cabecillas tenían autoridad sobre unos dos mil hombres a lo más y, por lo tanto, no tenían superioridad numérica que compensara la inferioridad de sus armas.

La primera pregunta que se hizo Legazpi al ocupar Manila fue acerca del tamaño de la Isla de Luzón en la cual acababa de establecerse y qué tanto se podía extender al norte y al sur. Primero envió al veterano Goiti a la zona inmediatamente al norte de Manila, a Bulacan, Pampanga y Pangasinan, para ponerlas bajo su control. Luego despachó a su nieto al oeste y al norte, a las provincias de Zambales y de Ilocos. También se le encomendó a Salcedo que explorara en busca de una posible ruta por el norte, hacia México. Llegando al cabo Bolinao, tomó un junco chino y liberó a los *indios* que iban presos en él, ganándose así la amistad de los naturales. Durante los dos o tres meses siguientes, penetró lentamente hacia el norte por la costa occidental de Luzón, tratando de reducir a los naturales pacíficamente, pero usando de la fuerza cuando lo consideraba necesario. Era un conquistador generoso que hacía aliados de enemigos vencidos. En cierta ocasión, se cuenta, un señor local lo retó a combate singular. Salcedo derrotó al ilocano, y cuando éste ordenó a sus hombres que atacaran al mexicano, se

defendió solo tan bien, en contra de todos, que dio lugar a que llegaran sus soldados a salvarlo. Se dice que navegando dobló la punta norte de Luzón y desembarcó en la costa oriental del Océano Pacífico, desde donde cruzó la Sierra Madre a Manila.

Legazpi murió de un ataque al corazón en Manila, a los sesenta años de edad, el 20 de agosto de 1572. Su nieto estaba ausente, ocupado en una expedición exploratoria y punitiva al oriente y al sur de Manila. Cinco días antes Salcedo había salido a castigar a los naturales de Cainta, un pueblo distante unos quince kilómetros, rumbo a la Laguna de Bay. Este pueblo tenía unos mil habitantes y estaba rodeado por grandes y altos bosquecillos de bambús, fortificado con una muralla y defendido por algunas culebrinas. El día de la Asunción, Salcedo se embarcó en una galera, con cien soldados hispanomexicanos, tres piezas de artillería pesada y un buen número de aliados de las Visayas y las islas del sur. Llegando a las afueras de Cainta, por el río Pasig que conecta Manila con la Laguna de Bay, durante tres días aguardó la respuesta de los naturales a su solicitud de rendición pacífica y, no habiéndola recibido, desembarcó a sus soldados de a pié, para rodear la plaza y atacarla por la parte de atrás. Derrotados, los naturales pidieron la paz y pagaron tributo a los conquistadores.

Por este tiempo debe haber recibido la noticia de la muerte de su abuelo. Pero no volvió a la ciudad; la llamada del deber era más fuerte y siguió adelante con sus trabajos de pacificación y exploración de las que son ahora provincias de Laguna y Batangas. Al oír hablar de minas de oro en lo que es ahora la región de Paracale, fue a la provincia de Bicol y la sujetó al dominio de España.

Guido de Lavezaris, Tesorero Real durante la vida de Legazpi y su sucesor en el gobierno, se mostró al principio frío hacia el joven capitán, por razones que tan sólo podemos imaginar. Se ha dicho que el joven mexicano, a su regreso a Manila, se negó a ir a rendir pleitesía al nuevo Gobernador General y se aisló por el pesar de la muerte de su abuelo, cayendo así en el desfavor oficial. Salcedo era

un capitán demasiado valioso para la nueva colonia para que lo dejaran ocioso mucho tiempo, así que algunos meses más tarde Lavezaris lo envió nuevamente a Camarines a investigar más acerca de las minas de oro y luego a la provincia de Ilocos, al norte, al empezar el año de 1574, a recolectar el tributo. Lavezaris informó al rey que "él (Salcedo) puso bajo el dominio de Vuestra Majestad toda esa región (la del sur) con más o menos veinte mil de sus naturales, con el menor daño posible". Lavezaris le encomendó a Salcedo el área cerca de Sinait, en Ilocos sur, para que la tuviera como su encomienda. Este hecho histórico es importante, porque demuestra que el joven Salcedo no recibió nunca beneficios de su abuelo y que sus servicios a la corona fueron pagados hasta después de la muerte de Legazpi.

Las hazañas realizadas hasta este punto por Salcedo se pierden casi al compararlas con lo que realizó al rechazar la poderosa invasión de Li-Ma-Hong, pirata chino, que pensaba arrojar a los españoles de Luzón y establecer allí su propio reinado. Se ha dicho que Li-Ma-Hong era pirata y tal vez lo era, pero huía de la tiranía de los emperadores Ming en China y viajaba no tan sólo con marinos y guerreros, sino con sus familias y sus bienes, preparados a establecerse en cualquier lugar apropiado que, en este caso, resultó ser las Islas Filipinas, ya que se le había informado que había muy pocos españoles en ellas. Su flota de más de cien juncos fue avistada por Salcedo en la costa de Ilocos y, con veinte soldados hispanomexicanos, el joven nieto de Legazpi tomó el camino de Manila, donde llegó en el momento preciso. Naturalmente que en el camino había reunido algunos centenares de aliados pampangos y de Pangasinan. Cuando llegó a Manila, la vanguardia de Li-Ma-Hong había iniciado el ataque sobre los ledanos al sur de la ciudad, matando al veterano maestro de campo, Martín de Goiti. Lavezaris inmediatamente dio ese cargo a Salcedo y en una sangrienta batalla dentro de las murallas mismas de Manila y en la playa, el mexicano derrotó a los invasores, el día de la fiesta de San Andrés.

Rechazado, Li-Ma-Hong fue a Pangasinan, provincia al

norte de Manila, donde construyó una fortaleza, para esperar en ella un momento más propicio y agitar a los naturales en contra de la dominación española. Lavezaris ordenó que se trajeran más aliados "indios" de las islas del sur y en marzo de 1575, Salcedo salió rumbo a Pangasinan en donde tendió sitio a las fuerzas de Li-Ma-Hong durante cinco meses, hasta que el chino, viendo que la situación se volvía intolerable, después de numerosos encuentros, huyó sigilosamente por el Mar de China para no regresar nunca.

El siguiente trabajo de Salcedo fue la fortificación de la Ciudad de Manila, para lo cual reclutó a dos mil naturales de la cercana provincia de Pampanga, para que hicieran el trabajo. A principios del año siguiente de 1576 regresó a Ilocos a la Villa Fernandina, que había fundado y nombrado así en honor del joven príncipe español, hijo de Felipe II, para recabar el tributo de su encomienda. Planeaba regresar a México con una licencia de dos años, para atender a sus hermanos menores que habían quedado huérfanos en su ausencia. De pronto le vino una fiebre maligna, como dicen las crónicas —es posible que haya sido malaria— y tuvo la imprudencia de tomar agua de una acequia. El agua impura, como lo expresan las crónicas "lo purgó habiendo causado su muerte a las tres horas". Aunque no podemos saberlo con seguridad, le había dado una disentería tífica o alguna otra de las enfermedades tropicales que provocan una muerte rápida. Esto sucedió el 11 de marzo de 1576, cuando Juan de Salcedo tenía tan solo 27 años de edad.

Salcedo nunca contrajo matrimonio canónico por una razón u otra. Tal vez porque había demasiadas pocas doncellas españolas o mexicanas en las islas en esos tiempos. Pero hay rumores románticos de que se había enamorado de una muchacha nativa de las islas y prueba de ello es su mucho aprecio por los indios de su encomienda, a quienes hizo sus herederos.

Sus restos fueron exhumados y llevados a Manila para ser enterrados en la Iglesia de San Agustín, junto a los de su abuelo. Pero cuando Manila fue saqueada por los ingleses en 1762, todas las criptas fueron violadas y no sabemos

ahora donde se encuentran sus cenizas. Es curioso el anotar que cuando su cadáver fue llevado a Manila, no se encontró la cabeza. Sus soldados filipinos la habían robado, siguiendo las creencias de sus antepasados paganos, para convertirla en un objeto de veneración y recuerdo.

¿Qué clase de jefe militar fue de Salcedo? Un relato contemporáneo nos hace saber que: "algunos de sus soldados se quejaban de que se comportaba mal". Cuál era esa conducta no se aclara. Tal vez, Salcedo llevaba a sus hombres a un paso demasiado duro, exigiéndoles más de lo que podían dar, porque esto era durante el tiempo de aguas, en la región de Camarines y las veredas se habían vuelto casi impasables debido a los aguaceros tropicales. No es de creerse que el cronista español haya considerado oportuno mencionar que Salcedo se comportaba con crueldad hacia los naturales, sino tan solo "mal" hacia sus soldados.

Fray Martín de Rada nos da una versión diferente. Sostiene que los naturales de Camarines eran los más valientes y los hombres mejor armados de todas las islas; en consecuencia, aunque nunca atacaron a los españoles, se defendieron en todos sus pueblos y nunca se les pudo conquistar si no fue por la fuerza de las armas. Como una consecuencia de esta defensa de sus hogares, Fray Martín de Rada dice que más han muerto en esa tierra que en ninguna otra de las conquistadas.

Como ya he dicho antes, Salcedo usó cuando fue necesario, de la fuerza. Un relato filipino, tomado de una copia del siglo XVIII que poseo, refiere que el pueblo de Lilio en Laguna fue tomado pacíficamente por los indios de Salcedo, pero en el pueblo anterior un caudillo disparó un arma y fue muerto por los españoles.

El padre Rada informa al virrey de México, don Martín Henríquez en 1574 que, aun cuando tres compañías de soldados han venido de México, tan solo los de Salcedo han recibido concesiones de tierras y que durante dos años seguidos los españoles hicieron entradas en los indios para obligarlos a pagar el tributo en oro. Por otra parte, Fray Francisco Ortega un año antes le recomienda al virrey Henríquez

“ que se tome especial cuidado en mostrar bondad y favor al Capitán Juan de Salcedo, en vista de que es uno de los que más han trabajado en esta tierra y que han mostrado más celo en el servicio de Su Majestad. Es muy arrojado y enérgico y, para ser un hombre tan joven, es muy cauteloso y prudente y tiene muchos deseos y propósitos de servir a Dios y a Su Majestad”.

El gobernador Lavezaris en junio de 1573, después de la segunda expedición a Camarines, le informa al rey Felipe II que Salcedo “es uno de los que más se han ejercitado y se ejercita en cualquier cosa que se le ordene, no tan sólo en conquistas, descubrimientos y pacificación de estas islas, sino en cualquier otra cosa que se ha ocurrido o pueda ocurrir en el servicio de Su Majestad. En todo esto y en expediciones de gran importancia que se le han encomendado en esta tierra, ha dado muy buena cuenta de sí mismo. Merece y conviene que Su Majestad así lo resuelva, el hacerle algún favor. En pagar las deudas de su abuelo y para el reposo de su alma, ha gastado toda su hacienda”.

Quiero recalcar que las tres compañías de soldados que se enviaron a Filipinas en tiempos de Legazpi, fueron formadas en México; se componían de jóvenes entre los veinte y treinta años, que eran españoles de origen, pero nacidos y educados en México. Es muy posible que muchos de ellos fueran mestizos. Eran valientes y aventurados, pero sentían también amistad y compasión hacia los indios filipinos que habrían de convertirse al cristianismo y en vasallos del Rey de España. Esto, indudablemente, es la razón por la cual todos los historiadores están acordes en que la conquista de Filipinas fue relativamente mucho más humana que las conquistas de México, Perú y otras regiones de Centro y Sudamérica.

No se puede rendir a Salcedo mejor tributo que el que le rindiera el héroe nacional de las Filipinas, el doctor José Rizal quien afirma en sus anotaciones a la crónica de don Antonio de Morga, *Sucesos de las Islas Filipinas*, cuya primera edición apareciera en México en 1609, cuando dice:

“Este héroe, llamado el Hernán Cortés de las Filipinas, fue en verdad el brazo inteligente de Legazpi. Por su prudencia, por sus grandes cualidades, por su talento y valer personal, se captó las simpatías de los filipinos y se le sometieron sus enemigos. Los inclinó hacia la paz y amistad con los españoles. Asimismo salvó a Manila de Limahong. Murió a la edad de 27 años y es el único que, hasta donde sabemos, nombró a los indios como los herederos de una gran parte de sus posesiones, especialmente su encomienda en Vigan.”